

LA PRENSA COMO VEHÍCULO DE REPRESENTACIONES SOCIALES EN TIEMPOS DEL MODERNISMO (1885-1910). UN EJEMPLO DE APLICACIÓN: LA CIUDAD DE MENDOZA (ARGENTINA)

Jorge Ricardo Ponte
CONICET Argentina

Resumen

Hacia fines del siglo XIX Mendoza era una capital de provincia. En ella, los textos periodísticos constituyeron vehículos de representación social conformando un sistema de discursos y de representaciones en donde se reflejó la realidad social y material de la época en que arribó la modernidad junto con el ferrocarril (1885) como elemento emblemático y el Centenario de Mayo (1910) como culminación de este proceso “modernista”. En este ensayo, nuestra intención es identificar la singularidad de estos acontecimientos modernistas en la ciudad y advertir cómo los discursos de la prensa dieron cuenta de ello. Ello implica ver la modernidad a partir del estudio de caso y cuestionar la generalización que se ha hecho del arribo de la modernidad en la Argentina. En este contexto, puede observarse en Mendoza un complejo sistema de representaciones sociales que utilizan a la prensa local en un triple carácter: 1° como arma política, 2° como espacio de argumentación de las diferentes facciones en pugna y 3° como espacio de lucha de representaciones sociales.

Palabras clave: siglo XIX, modernidad, representaciones sociales, luchas políticas, Argentina.

Introducción

El espacio urbano ha sido un indicador elocuente de la conflictividad social imperante y, si bien responde a las condiciones de la época, también manifiesta características que le son propias. Por ello, otros estudios históricos previos sobre Mendoza, con otras fuentes y otros objetos de estudios nos han permitido conocer, respecto de las políticas públicas en la ciudad, el *discurso oficial* definido y expresado por una fracción de la élite dirigente, aquella que manejaba el poder político y la administración del Estado. Pero, como suele suceder, cuando *lo oficial* no coincide con *lo material*, se hace preciso recurrir a otro tipo de reservorios de información que nos permitan escuchar *otras voces*, otras representaciones emitidas desde otros lugares.

A fines del siglo XIX e inicios del XX, Mendoza era una ciudad de primera línea, al interior del país, con los atributos y características de una capital de provincia. En ella,

los textos periodísticos constituyeron vehículos de representación social conformando un *sistema de discursos y de representaciones* en donde se reflejó la realidad social y material de la época en que arribó *la modernidad* junto con el ferrocarril (1885) como elemento emblemático y el *Centenario de Mayo* (1910) como culminación de este proceso “modernista”¹.

La intención es identificar la singularidad de estos acontecimientos *modernistas* en la ciudad de Mendoza y advertir cómo los discursos de la prensa dieron cuenta de ello. Ello implica ver la modernidad no desde la generalización al caso, sino a partir del estudio de Buenos Aires, cuestionar, si cabe, la generalización indiscriminada que se ha hecho del arribo de la modernidad en la Argentina.

Cuando se mira a la élite mendocina del período desde un punto de vista más tradicional, ésta parece ser más homogénea, de allí que la visión desde la teoría de las representaciones sociales² desnuda, mejor que otros abordajes, las formas y las prácticas sociales que las separaban o aquellas que las unían, a pesar de sus aparentes diferencias irreconciliables. De esto precisamente se trata en este trabajo, de mostrar que la prensa puede ser un óptimo indicador (no frecuentemente utilizado desde esta perspectiva metodológica) respecto del cómo y por qué se producían divergencias en el seno del grupo dirigente de las formas, variantes y oportunidades de encarar, o no, la modernización que irrumpió en Mendoza.

La prensa modernista como espacio discursivo

El periodismo de fines de siglo XIX introduce el concepto de la noticia como mercancía consumible. La modernización progresiva, desde el punto de vista tecnológico, la creciente priorización de la información y sobre todo la aparición de la publicidad comercial, sumado a un nuevo concepto de administración empresarial fueron alejando al periodismo de opinión o político cada vez más lejos del periodismo de batalla de sus inicios.

La influencia en América del Sur del creciente periodismo norteamericano se dio a través de varios diarios latinoamericanos, entre ellos *La Nación* de Buenos Aires. Rotker (1992) señala que la prensa norteamericana era la que encarnaba el nuevo periodismo de la época. La característica del periodismo anterior al modernismo es la no diferenciación entre el lenguaje literario y el lenguaje periodístico. Ahora, en cambio, no sólo se verifica una creciente especialización de los mercados, sino también una especialización de los

¹ En cuanto a los términos *modernismo* y *modernista*, hemos considerado el uso y alcance con que fue usado en Mendoza en este período, según un diccionario de 1921, *modernista* es aquel “partidario del modernismo. A veces se emplea en sentido despectivo para indicar un tipo estafalario”. También puede entenderse como: “una afición excesiva a las cosas modernas”. Sin duda, son estas dos últimas acepciones las que vemos utilizadas en la prensa opositora del período, con la intención de desmerecer o descalificar a quien se le aplicaba.

² La teoría de las *representaciones sociales* ha tenido su desarrollo en Francia, sobre todo a partir de los trabajos de Moscovici (1989) y de Jodelet (1989).

discursos. El lenguaje periodístico cambió y se volvió, a consecuencia de la influencia del telégrafo, más escueto y se advierte un uso menos florido del idioma. Tampoco aparecen artículos firmados con nombres reales y, más bien, se tiende a usar seudónimos extravagantes o, simplemente, iniciales.

En esta etapa del periodismo de opinión, la *objetividad* no es un valor reivindicado en el discurso periodístico. No podía serlo, por otra parte, en tanto la prensa era también entendida como un arma de lucha política, aparte de ser el campo de lucha de las representaciones sociales en pugna. Junto con la aparición del periodismo de empresa, el discurso periodístico se distancia de la necesidad de tomar partido y adopta una actitud más neutral, tanto sea en la creciente valorización como en la jerarquización de la *noticia*. Ello creó las condiciones necesarias para la aparición de agencias internacionales que vendían precisamente... *noticias*.

Una característica esencial en este periodismo *modernista* (por el contexto en el cual se presentaba) ya fuera mendocino, nacional o americano hacia esta época, es la preocupación por reflejar *la actualidad*. Ésta podría tratar aspectos muy variados entre los que podemos señalar la aparición de la problemática de la ciudad como tema de interés. Así, en Mendoza, aparece en el diario *Los Andes* una sección especialmente dedicada a los temas urbanos, titulada "*Edilicias*". Otros campos de interés fueron también: la política internacional, los descubrimientos científicos, las grandes catástrofes (terremotos, incendios, etc.), las curiosidades étnicas y las rarezas pseudocientíficas, la moda, las novedades técnicas, la inclusión de artículos literarios, las notas sociales sobre la vida y andanzas de la realeza europea, el cosmopolitismo en general y el gusto por el exotismo, entre otros. Se trataba de presentar estos temas de forma atractiva para el lector, de manera de captar su interés y así ha quedado registrado. La función que antiguamente cumplían la palabra o la gesticulación del orador ante un auditorio presente, ahora estaba remplazada por la palabra escrita que podía llegar a un auditorio más vasto y distante (Rotker 1992: 84).

La crónica como producto de la modernidad

Los periódicos finiseculares fueron los espacios por excelencia donde los escritores latinoamericanos escribían y este trabajo constituía su medio de subsistencia. El producto cultural de esta actividad periodística de los escritores y de los periodistas fue la *crónica*, considerada ésta un género menor de la literatura. Rotker señala, en su estudio sobre la *crónica* en América, que los periódicos fueron el signo por excelencia de los tiempos modernos y que a una época de tanta movilidad social le era pertinente un medio de comunicación tal como la prensa (Rotker 1992: 127).

Este desplazamiento que se dio en América Latina desde el libro hacia la crónica periodística hizo que algunas de las funciones que en los países centrales tuvo la novela, como por ejemplo la representación del espacio urbano, fueran aquí asumidas por la crónica ligada a los medios de prensa locales y nacionales. Se señala, a propósito de la

crónica y de su función discursiva en el periodismo latinoamericano, la importancia creciente que adquirió lo estético (Ramos 1989: 84).

La crónica, marginal a la alta literatura y a la forma autónoma del libro, con su flexibilidad formal “[...] le permitió convertirse en un archivo de los peligros de la nueva experiencia urbana; una puesta en orden de la cotidianeidad aún “inclasificada” por los “saberes” instituidos” (113). La búsqueda de representaciones de la ciudad será una característica distintiva del período. Así, “representar la ciudad era un modo de dominarla, de territorializarla, no siempre desde afuera del poder” (123).

Ramos indica que la incipiente industria editorial – con espacio en los periódicos de la época – encontró en los *periodistas-cronistas* a los nuevos difusores y agentes de producción de imágenes reorganizadoras del discurso sobre la ciudad que, tanto desde la acción municipal o la prensa, estos mismos campos desarticulaban.

La modernidad de fines del XIX se distingue – en lo espacial y en lo temporal – por su carácter fragmentario. En este sentido, nos advierte Ramos que el periódico encarna, como ningún otro espacio discursivo en el siglo XIX, esta característica *moderna*. Abordar el periódico como fuente documental presupone aceptar el código de comprensión que implica la fragmentación que del mundo real hace la prensa. Para el lector se trata de una manera diferente de vivenciar la ciudad, en tanto se apela, necesariamente, a una abstracción, a una fragmentación espacial y temporal, tanto sea de la ciudad como de la materialidad de la página impresa. Este proceso ya había sido señalado por Walter Benjamin (1972: 127), para quién la fragmentación que propone la prensa de fines del siglo XIX, no debe leerse simplemente en términos formales o descriptivos, sino que “la forma del periódico cristaliza la disolución de lo social – de la experiencia comunitaria – que él veía presente en la narrativa tradicional” (Ramos 1989: 124). El periódico sería en la *modernidad* una condición necesaria para comprender la unidad de la ciudad, la que se reconstituye no ya en la experiencia colectiva sino en la individual.

Así, la prensa se constituye como un espacio articulador entre los diferentes sujetos sociales, sean éstos comerciantes, anunciantes, políticos oficialistas u opositores. Ramos, respecto de la significación de la crónica hacia el fin de siglo XIX, señala que la problemática de la fragmentación es fundamental para entender su función ideológica. Desde este análisis se advierte que “[...] la crónica sistemáticamente intenta re-narrativizar (unir el pasado con el presente) aquello que a la vez postula como fragmentario, como lo nuevo de la ciudad y del periódico” (125). La fuente periodística, al privilegiar el acontecimiento como característica de la temporalidad urbana, remite necesariamente a la problemática de la fragmentación. Decía Martí, respecto del armado de sus crónicas: “¿Cómo poner en junto escenas tan variadas?” (1973: IX, 303) Ramos advierte acerca de las crónicas martianas, que en las mismas, la ciudad no sería sólo un *objeto* representado “sino un conjunto de materiales verbales, ligados al periodismo, que el cronista busca dominar en el proceso mismo de la representación” (1989: 126).

Por ello, el propósito de los cronistas que escribían en los periódicos finiseculares era *re-narrativizar* la ciudad para *re-configurar* la unidad que la modernidad disolvía, a

través de sus *diversos* mecanismos, utilizando, para ello, recursos literarios de hilvanado tales como *el paseo*. Se trataba de recomponer el espacio, discursivo y territorial, y articular la fragmentación, tanto de la crónica periodística como de la ciudad como ámbito espacial de Mendoza en tiempos de su incorporación a la modernidad.

Esta fragmentariedad no sólo se expresa en el campo discursivo (como puede ser la prensa del período) sino que también se evidencia en la ciudad *moderna* como campo de significación (Ramos 1989: 124). Como nos advierte Ramos, la utilización de una fuente moderna por excelencia –la prensa– para mirar una sociedad, con sus redes y desarticulaciones, nos hace participar de esa misma fragmentariedad de códigos y de sistemas de representación con que la prensa abordó la problemática de la ciudad en los tiempos del *modernismo* (118).

Acerca de las representaciones sociales

Abric define a las representaciones sociales como “el conjunto de informaciones, de creencias, de opiniones y de actitudes a propósito de un objeto dado” (1994: 19). La teoría de las representaciones sociales sostiene que las opiniones de los individuos o de los grupos con respecto a un objeto dado (por ejemplo, la ciudad y la vida urbana) constituyen también una manera de construir este objeto, de determinarlo. Desde esta perspectiva teórica, la ciudad no existiría en sí misma sino en función de un individuo o un grupo y con relación a ellos. Al respecto, dice Moscovici (1986): “La representación es siempre representación de algo para alguien” (citado en Abric 1994: 71). La realidad *objetiva* entra en cuestión y es más, llega a afirmarse que

[...] toda realidad es representada, es decir, apropiada por el individuo o el grupo, reconstruida en su sistema cognoscitivo, integrado en su sistema de valores dependientes de su historia y el contexto social e ideológico que lo rodea. Y es esta realidad apropiada y reestructurada la que constituye para el individuo o el grupo la realidad misma. (12)

Es decir, respecto de la ciudad a fines del siglo XIX, no estamos en condiciones de conocer *lo real* sino las representaciones que sobre la ciudad tuvieron en esta época los distintos grupos en conflicto. Las representaciones sociales *que circulan en los discursos* son vehiculizadas por las palabras, los mensajes, las imágenes de los medios de comunicación y son cristalizadas en las conductas de los individuos y las comunidades. La comunicación juega, en este proceso, un rol fundamental en el intercambio e interacción que concurren a la creación del consenso que necesita cualquier grupo dirigente. Desde este punto de vista, las representaciones sociales son abordadas, a la vez, como el producto y el proceso de una actividad de apropiación de la realidad externa al proceso del pensamiento y de elaboración psicológica y social de “su realidad”.

El objetivo de toda representación social encarnada en determinado grupo social es argumentar y convencer, a propios y extraños, que su representación *es algo objetivo y evidente*. De allí que procure construir consensos para legitimar su práctica social y política. La prensa es, precisamente, este lugar elegido para exponer su argumentación.

Al recurrir a la teoría de las representaciones sociales para trabajar el sujeto histórico *prensa*, pretendemos evitar tanto la mirada de aquellos que *estigmatizan* a la élite dirigente del período, como expresión de una falta de adecuación a una presunta identidad nacional argentina, así como también aquellos otros que *la celebran* acríticamente como la fundadora de la Argentina moderna. La prensa puede dar una visión más rica en matices y explicar procesos que suelen ser marginales en los abordajes más tradicionales³.

El espacio simbólico

La ciudad es el ámbito privilegiado de la cultura material, donde mejor pueden manifestarse la espacialización y textualización de los conflictos, desigualdades y valores sociales. En tal sentido, es indicador de muchas variables: procesos sociales, políticos, económicos, etc. De allí que pueda ser también útil para conocer las representaciones sociales del período, sus debates argumentativos y las luchas políticas en las que estuvo inmersa la ciudad y, de la cual, la prensa dio testimonio.

Los textos periodísticos que refieren a la problemática urbana son un recorte particular del universo discursivo que incluye no solamente los impresos, sino también los posibles o los utópicos. La presencia de discursos aludidos y eludidos en los mismos nos pone frente al problema de las representaciones sociales de los sectores subalternos de la sociedad.

Si reconocemos al campo cultural como un espacio simbólico donde también se expresa la tensión social, es válido pensar que en la prensa se verifica un proceso de redefinición permanente de fuerzas y de disputas políticas y simbólicas. Existe un esfuerzo incesante por parte de los sectores dominantes para *desorganizar y reorganizar*, a partir de otros criterios valorativos, el hábitat popular y un esfuerzo de los sectores subalternos por resistir dichos cambios, organizando para ello distintos tipos de representaciones, que también supone distintos grados de creatividad y no sólo ser meros objetos de manipulación social (García Canclini 1987: 28). La crónica, en general, o los artículos periodísticos no tienen sólo una función de apoyo documental sino que son el eje medular alrededor del cual se estructura la totalidad del discurso *modernista*.

La prensa como sistema de discursos y de representaciones

El supuesto metodológico con el que abordamos la problemática social es que el discurso que puede *leerse* en los diarios finiseculares del XIX, respecto de las políticas públicas, por ejemplo, conforma un *sistema de discursos y de representaciones* en donde se refleja la realidad social y material de la época. La función mediadora del lenguaje (Roig 1989) presupone una ampliación metodológica que permitiría leer en el nivel

³ Normalmente estos trabajos están planteados desde otra mirada (historia del periodismo o historia de la literatura, corrientes estéticas o literarias, etc.) que no es la que nos interesaba a nosotros desarrollar en este artículo. Ver Roig 1963, 1965, 1966.

discursivo la contextualidad social que constituye el marco de condiciones de toda producción simbólica. Respecto de la realidad social y material de una época, supone que ésta, con sus contradicciones y valores, se encuentra incorporada en el universo discursivo.

La hipótesis subyacente es que a fines del siglo XIX e inicios del XX los textos periodísticos constituyeron vehículos de representación social y jugaron un rol fundamental en el intercambio e interacción para la creación de un universo consensual, conformando un sistema de discursos y de representaciones en donde se reflejó la realidad social y material de la época. En este contexto, la prensa, como fuente, adquirió un triple carácter: primero, como lugar de argumentación de las distintas representaciones sociales vigentes; segundo: como lugar de lucha de las representaciones sociales en conflicto y tercero: como arma de lucha política entre las distintas fracciones políticas en pugna.

La prensa cotidiana como fuente documental nos permite conocer, complementariamente con las otras fuentes ya conocidas, el consenso y el disenso que tuvieron las distintas gestiones urbanas del conservadurismo vigente y la participación que les cupo, o no, a los distintos sectores sociales en la definición de las políticas públicas instrumentadas en este período.

La prensa local, con medios oficialistas, opositores e inclusive aquellos que solían ser alternativamente oficialistas u opositores, también nos posibilita ampliar el conocimiento del discurso de la élite, que era el único que circulaba en los medios periodísticos, a partir del cual se pueden confrontar las distintas voces (de consenso o disenso) que se levantan frente al discurso oficial. En el texto que publica la prensa local, puede seguirse a un emisor en particular, o el comportamiento del grupo dirigente, para, a partir de sus propuestas o elecciones urbanas, poder develar también el discurso respecto de la gestión urbana y de la sociedad.

Al intentar ver a la prensa como una expresión de las representaciones de una determinada sociedad, en este tiempo, nos proponemos usarla como un *indicador*. Por ello, no sólo nos interesa ahondar en los periódicos de la élite (que son, por otro lado, los únicos de los que podemos disponer en nuestras hemerotecas) sobre el discurso propio sino también el *de los otros* respecto de la gestión urbana que llevaba adelante la oligarquía local. La prensa devela la relación de cada uno de estos sectores con la ciudad, y no solamente desde el nivel simbólico que puede constituir el lenguaje, dentro del universo discursivo elegido. Si a este proceso le incorporamos la alta densidad discursiva del mensaje político epocal, donde se hacen presentes los diferentes sujetos sociales y su conflictividad, se comprende por qué, para abordar la problemática urbana, la prensa tiene un alto grado de referencialidad discursiva.

Pero, recurrir a los periódicos como fuente documental supone aceptar el recorte de la realidad que la misma prensa hizo de los distintos conflictos, desigualdades o valores, en un momento dado. Así, resulta interesante inferir por qué la prensa, oficialista u opositora, silenciaba, minimizaba o directamente ignoraba la aparición de una norma, de un reglamento o de un censo; aunque por otras fuentes documentales u otros estudios

previos pudiéramos saber que sí existieron. La prensa publica las argumentaciones puestas en juego y son una posibilidad de acceso al discurso, político y social, expresado por los diarios de la época. En tal sentido, es un óptimo continente para variadas lecturas del material periodístico que aparece como *testimonio* de los conflictos urbanos o de algunas de las polémicas ciudadanas, o de los valores o de las prácticas sociales *modernistas*.

La mirada siempre *recorta* al objeto y la prensa del fin de siglo XIX no es la excepción. Es una posibilidad pero, a la vez, un límite. Por ello, utilizar a la prensa como fuente documental supone reconocer de antemano que no se trata de una fuente *objetiva* en sí misma, sino que el desafío es sostenerse a flote en un mar de subjetividades. De allí que se hace necesario incorporar otras fuentes alternativas cuando lo controvertido de la querrela o la crónica periodística necesitan una corroboración documental tales como: documentación de archivos, planos, descripciones de viajeros, crónicas, leyes, datos censales y algunos planos de la ciudad en la época que no fueron publicados por los diarios y, sin cuya inclusión, sería difícil comprender la espacialización del discurso periodístico.

A pesar de las muchas bondades que presenta la prensa como fuente prioritaria de consulta (con los recaudos que deben tomarse) es preciso reconocer que ésta hace un mengüe importante de la información publicada. Recorte que puede producir ciertas desviaciones en el peso asignado a ciertos temas o problemáticas, o privarnos de la palabra de algunos sectores que también tenían demandas que formular como es el caso de la creciente inmigración extranjera. Estos nuevos sujetos sociales tenían, incluso, ciertos órganos periodísticos propios que, sin embargo, pueden estar ausentes en el discurso, aunque no hayan estado ausentes de la materialidad que se plasmaba en la ciudad. A veces, el hecho de estar tan inmersos en la propia representación social hace creer que la misma no sea tal, sino que es objetiva. Ese es, precisamente, “el truco” que hacen las representaciones sociales. Hacer creer, no que se está participando de una representación social sino que está “viendo” lo que otros (con otras representaciones contrarias) no ven.

Las representaciones sociales y la prensa

El periodismo era, desde la perspectiva *modernista*, el ámbito por excelencia donde se expresaban los promocionados valores modernos de *lo volátil, lo fugaz, lo efímero, lo transitorio*. Según expresa un dicho popular: “nada hay más viejo que el diario de ayer”. También el *diarismo* es el ámbito que nos permite advertir cómo los distintos actores sociales se representaban a sí mismos y a los demás. Por ello, la utilización de la prensa, en tanto producto y productor de la incipiente modernidad, aparece, por ejemplo, como una herramienta apropiada para estudiar el *modernismo* en nuestras ciudades.

Para conocer las distintas representaciones en juego y en pugna, tanto fuera de los sectores dominantes como de los sectores subalternos, hubiera sido deseable contar con medios periodísticos procedentes de ambas vertientes; pero, ello no siempre ha sido

posible porque sólo han subsistido los testimonios de la prensa de la clase dirigente. No así los diarios obreros, aunque parece ser que sí los hubo. La existencia de discursos alternativos, anarquistas, obreros o socialistas, ha quedado limitada a las citas o transcripciones que pueden haber hecho otros medios periodísticos. Esta carencia de fuentes puede explicarse tanto por el hecho de que los sectores populares no tuvieron pleno acceso a los medios de comunicación de la cultura hegemónica, porque pueden no haber alcanzado una manifestación textual o porque esta misma clase dirigente poco y nada hizo para que estas publicaciones alternativas perduraran en las hemerotecas oficiales.

A pesar de ello, partimos de la factibilidad de la reconstrucción del discurso (o de las representaciones sociales, diríamos nosotros) de los sectores populares a partir del discurso o representación hegemónica de la élite, tanto sea de la fracción dominante como de aquella que contestaba también el discurso oficial. Al respecto, Arpini refiriéndose a la referencialidad de otros discursos dentro del propio, cita a Valentín Voloshinov (1976) y su concepto de discurso referido: “es un discurso dentro del discurso, un enunciado dentro del enunciado y, al mismo tiempo, discurso acerca del discurso y enunciado acerca del enunciado” (2003: 26). Este intenso proceso cultural es posible develarlo porque, de alguna manera, el discurso contrario suele estar presente en el propio, del cual da amplia cuenta la prensa de la época y, según creemos, ambos pueden ser decodificados a partir de su análisis en su carácter de representaciones sociales.

No obstante su intencionalidad política, podemos decir que el discurso alternativo de la prensa opositora permite desarticular, de alguna manera, el discurso hegemónico del sector de la élite dirigente mendocina que manejó el gobierno y el poder casi ininterrumpidamente entre 1873-1918. La perdurabilidad hasta el presente de algunas colecciones de la prensa adversaria de entonces nos permite conocer otra representación social diferente a aquella dominante que dio nacimiento a una versión historiográfica tradicional, fruto de la representación social exitosa de la élite dominante, y a las numerosas publicaciones oficiales de la época en las que ha quedado reflejada la acrítica apología editorial del período.

Tanto fuera la prensa oficialista, o la que hacía las veces de tal, como en el periódico opositor, *Los Andes* de Mendoza, el interpelante de la reclamación no sería el pueblo, quien, presuntamente, padece la buena o mala gestión de la élite dominante, sino que el interlocutor sería la misma clase dirigente de la que forman parte, tanto los oficialistas como estos ocasionales opositores.

El pueblo, o al menos los sectores populares, frecuentemente son aludidos como los *otros*, a los cuales hay que, alternativamente, disciplinar o proteger, aparecen en este esquema discursivo en una condición de minoridad cívica, a la que habría que proteger de manera paternalista y ejercer, de alguna manera, su representación vacante. Son, a la vez, vistos como incapaces de participar plenamente en la vida republicana y un peligro del cual hay que protegerse. Para defender su situación de privilegio, se los mantiene fuera de

la cosa pública, y se los maneja mediante el *clientelismo político* como práctica política pervertida del régimen republicano⁴.

Las fuentes periodísticas disponibles

En Mendoza existía una tradición, a fuerza de reiterarse, de la existencia de un diario o periódico que reflejaba la opinión del gobierno de turno. Esto no quería decir que fuera propietario necesariamente el gobierno, aunque sí es el caso de *El Constitucional*. En general, se trataba de un periódico en el cual el gobierno publicaba sus edictos oficiales, los decretos y hacía la publicidad de sus actos de gobierno. Estos periódicos fueron *El Constitucional*, *El Ferrocarril* (de tendencia conservadora y clerical, en algunos períodos) y *El Debate* (también en algunas administraciones), *El Diario*, y otros que ya han desaparecido y su existencia debe rastrearse en otros textos que los mencionan o en los archivos históricos.

Los costos de esta publicidad gubernamental no diremos que *ayudaban* sino que *sostenían* directamente a estos periódicos. Tal es así que algunos de estos medios directamente desaparecían cuando cesaba el gobernador mecenas. El periodismo opositor denunciaba esta situación a la par que decían que los avisos en el diario oficialista “costaban más y se leían menos”. A veces, la desgracia de unos era la suerte de otros. “Nadie sabe para quién se muere” ironizaba *Los Andes* a propósito del cierre de *El Diario*, al saber que el favor oficial del nuevo gobernador, Jacinto Álvarez, iría a *El Debate* (*Los Andes*, 25/10/1898).

En el diario oficialista se encomiaba y elogiaba sin moderación la acción gubernamental, mientras que en el periódico adversario se la criticaba sin compasión, más allá de la conveniencia o justicia, o no, de las disposiciones gubernamentales. Por cierto que no existió ningún periódico o diario mendocino que, en alguna etapa de su existencia, no gozara de las mismas prebendas que criticaba cuando los beneficiarios eran los otros. Con esta reserva, podemos decir que una cosa era pasar un período de bonanza oficial y otra, muy distinta, era existir sólo y para servir de propaganda al gobierno protector.

La oposición periodística también tenía sus matices. Hubo períodos (1897/99; 1903/06) en los que existió un diario oficialista, un segundo adversario moderado y un tercero opositor rabioso, conforme expresara la opinión del grupo gobernante de la élite con expectativas o posibilidades de efectuar alianzas que le permitieran acceder a

⁴ La campaña de Emilio Civit para la gobernación se asentaba en su gestión como ministro de Hacienda de la provincia. El diario *La Nación* de Buenos Aires comenta “la fiesta” de proclamación de su candidatura a gobernador. Lo que da pie a que la prensa opositora mendocina denuncie lo que, a su juicio, es un claro ejemplo de uso del aparato estatal para fines electorales y una muestra del clientelismo político con que se manejaba la elite oligárquica mendocina. La fiesta de proclamación del candidato oficial se habría realizado en el Departamento de San Martín (a unos 50 Km. de la ciudad capital) con la asistencia de todo el gobierno en pleno. Se carnearon en la oportunidad: 20 vaquillonas, 30 cerdos y se sacrificaron más de 100 pavos y gallinas, sirviéndose más de 6.000 empanadas. Estos gastos se imputaron a “obras de irrigación”. [*Los Andes*, 19/8/1897]

participar del poder y de la élite directamente excluida del manejo público. A veces, el opositor moderado pasaba a reemplazar al oficialista que cesaba, por un cambio de gobierno y, como comercialmente, éstos no se financiaban con la venta de ejemplares al público, sino con la venta de espacios de publicidad al gobierno, no resistían económicamente el hecho de dejar de ser oficialistas.

Esta filantropía oficial le costaba mucho dinero al erario provincial, a tal punto que se justificaba tener directamente un diario gubernamental para publicar edictos y decretos oficiales. Éste fue el justificativo de la aparición del *Boletín Oficial* de la Pcia. de Mendoza, creado el 09/04/1899 el cual estaba destinado a suprimir el abuso de tener diarios políticos so pretexto del publicar los decretos oficiales. Aunque esta medida era muy plausible, en la práctica no eliminó la existencia de un diario que recibiera los favores oficiales, porque nadie tenía como lectura habitual el *Boletín Oficial*. Así fue como los gobernantes siguieron publicando avisos en los diarios privados y usando este recurso como arma de presión política. Por cierto que no sólo el gobierno era quien sostenía con publicidad a los medios periodísticos, también lo hacía la empresa del ferrocarril. No era raro ver que, después de un buen editorial defendiendo los intereses de las compañías ferroviarias inglesas, el diario se viera beneficiado por la aparición de páginas completas de publicidad del ferrocarril, como por ejemplo, los horarios de los trenes locales a página completa, durante un período, más o menos, prolongado.

Había, según se advierte en la propia información periodística había bastante movilidad en el personal de las empresas periodísticas, sobre todo aquellos provenientes de órganos oficialistas que nacían, desaparecían y, al tiempo, volvían a aparecer con otros nombres, o sus redactores asumían la tarea en otros medios más consolidados.

El diario *Los Andes* (1883) es, por cierto, el único de existencia ininterrumpida en la provincia de Mendoza, y que aún subsiste, luego de 129 años. Fue durante este período siempre antagonista, salvo algún breve *interregno* en 1889/1890 y algún ocasional paso de algún gobernador o ministro, *menos malo*, a juicio de *ellos*, condición que les permitía celebrar alguna disposición o decreto oficial. Es entonces cuando denuncia lo que, en ese momento, lo perjudica, pero que, en otras ocasiones, lo había beneficiado: “La vida política en las provincias ha sido hasta ahora una parodia democrática” (*Los Andes*, 12/01/1906).

Pasada la elección en la que triunfó el oficialismo, el diario denuncia que sobre 30.000 ciudadanos en condiciones de votar sólo había 7.000 inscriptos. De nada sirvieron los artículos que *Los Andes* publicó en los días previos alertando a los electores sobre sus derechos cívicos. La maquinaria electoral *civista* todavía era invencible, aún para sus ex compañeros de ruta de la oligarquía de familias desplazadas del poder político. Tendrá que venir en 1918 un caudillo popular, José Néstor Lencinas, para vencer, en elecciones libres, al mítico Emilio Civit⁵.

⁵ Emilio Civit (1858/1921) fue un político conservador mendocino. Ex diputado nacional, ex ministro provincial, ex gobernador de Mendoza, ex senador nacional, etc. Fue hijo de un gobernador, yerno de otro y suegro de un tercero. Constituye la figura más notoria de la dirigencia “modernizadora” provincial y, a la vez, fue el enlace con la élite nacional. En efecto, fruto de la alianza de las elites provinciales con

No hemos podido saber con certeza qué tirada tenían los periódicos mendocinos finiseculares. *El Diario*, hacia 1897, dice tener una tirada de 1.500 ejemplares de ordinario y el lunes 2.000 (*El Diario*, 05/06/1897). En ocasión del terremoto de San Francisco (1906) *Los Andes* confiesa haber tenido que aumentar su tirada a 2.000 ejemplares dados el interés del fenómeno. Mendoza tenía, por entonces, alrededor de 35.000 habitantes.

La prensa como espacio público de debate y de lucha intra oligárquica

En la Mendoza de fin del siglo XIX, el poder político estaba en manos de un grupo de familias que, desde 1873, se iban alternando en gobierno. Todos los gobernadores de esta etapa están vinculados, directa o indirectamente, ya sea por parentesco o por relaciones políticas o comerciales, al grupo oligárquico. Se trata de la consolidación en el escenario urbano del mismo grupo que detentaba el poder económico y político que conoceremos en el orden nacional como la *generación del '80*.

A partir de la organización constitucional del país (1853), las élites locales asumieron un rol cada vez más protagónico en el manejo de la administración pública. Para ello ajustaron los sistemas de reclutamiento entre los miembros de esa misma dirigencia para volverlos cada vez más cerrados y exclusivos. El nepotismo daba esa garantía. Por ello, las familias tradicionales, vinculadas al comercio colonial y los terratenientes, se alternaban en los cargos públicos mientras que amplios sectores sociales quedaban excluidos de los mismos, siendo sólo convocados a participar en elecciones que estaban fraguadas y que sólo servían para dar una cierta legitimidad republicana a las decisiones políticas que se tomaban previamente en los salones familiares.

Pero a medida que se avanzaba en este sistema de república restringida, ya no sólo se excluía a quienes no eran miembros de las familias tradicionales sino que, aun dentro de este grupo, comenzaron a hacerse discriminaciones. Esto motivó un creciente malestar entre los mismos grupos de la dirigencia local, lo que dio nacimiento a pugnas internas por el acceso al poder político que era, por cierto, el gran facilitador de otras ventajas económicas, tales como el acceso al crédito bancario oficial, a las tierras públicas, a derechos de riego en una región de cultivo por riego artificial, etc.

Estos otros grupos desplazados del poder político comenzaron a conspirar a través de la prensa contra aquellos que concentraban el poder y la riqueza que de él se desprendía, y que los relegaba a ser meros espectadores de la generación de la nueva riqueza que comenzaba a originarse. Entre los medios para hacer público este disenso estuvo la disponibilidad de poseer algún periódico que actuara como portavoz y unificador de estos grupos. Otras estrategias utilizadas en esta lucha intra oligárquica, no excluyentes, sino complementarias, tales como las de tipo familiares o comerciales, quedan fuera de nuestro análisis por la índole de las fuentes trabajadas, y por nuestro interés en destacar el uso de la prensa como arma política. Así, a las mismas personas que vemos en la

la nacional debe leerse su participación como ministro de obras públicas del Gral. Julio A. Roca (1898-1904) durante su segunda presidencia.

administración del gobierno, las encontramos ya sea en la dirección de los bancos, nacionales y extranjeros; en la legislatura provincial, o en las comisiones directivas del *Jockey Club* o del *Club Social*.

Este grupo, unido estrechamente por lazos familiares, fue alcanzando una unidad de acción basada en la cohesión del plan liberal. En el caso de Mendoza, el sector político dirigente sumaba a su accionar político oligárquico, un confuso manejo de lo público y lo privado. En efecto, se disponía de lo público como si fuese privado y de lo particular como si fuese público. Esta actitud de la clase dirigente generó una reacción opositora que fue *in crescendo*. Es decir, al interior de la élite provincial, surge otra élite que está desplazada temporalmente del gobierno pero que comparte con aquella la aptitud para el mando y el ejercicio de poder. Se pone en marcha así, el proceso que Gaetano Mosca califica como *la circulación de las élites* (Lacoste 1993: 15).

La élite dirigente provincial de esta *generación del '80* había establecido un modelo de sostenimiento político y económico que reposaba sobre bases muy endebladas, como para estructurar un proyecto de desarrollo sostenido, de allí su debilidad intrínseca. El modelo político de gobierno de elite excluía a la mayoría de la población, conformada por los sectores populares. El sistema político imperante, aunque dentro de un orden republicano formal, estaba supeditado a los intereses del grupo dominante. El comportamiento de la élite mendocina no sólo estaba expresado en cuestiones de índole política sino también económica. Pero, si bien la fortuna era un modo de acceso al dominio político, no automático, por cierto, el detentar el poder político era otra forma de enriquecimiento, o al menos, de acrecentamiento del patrimonio (41).

En una sociedad como la mendocina de finales del siglo XIX con un Estado débil, y una falta de consenso respecto de las políticas públicas no debiera extrañar que se priorizaran las relaciones familiares como una garantía de resolver mejor los antagonismos. Mientras la *élite*⁶ sería un sistema más moderno de liderazgo, la *oligarquía*, en cambio, sería una rémora del antiguo régimen colonial. De allí, que la oposición política -surgida de los mismos sectores de la élite y vinculados a ella también por lazos de parentesco- denuncie al *otro grupo elitario* como *oligárquico*, y cree ver en su conducta social discriminatoria y excluyente, una característica exclusiva de este sector elitista que detenta el poder. Este señalamiento no se hace solo por estrategia política, sino que tiene que ver con la representación social que, de sí mismos, tiene el grupo elitario desplazado circunstancialmente del poder. Así, su prédica apunta a señalar el carácter endogámico de *los otros*, es decir, de los que usufructúan del gobierno. Aunque toda la dirigencia mendocina, oficialistas u opositores, fueran parientes entre ellos y los lleve a denunciar que: “[...] la administración pública, desde hace treinta años pertenece a la sucesión de familia, [ya que siempre] viene un retoño del mismo tronco” (*Los Andes*, 07/02/1897).

⁶ Higley y Burton (Higley 1989: 421-426) dan una definición más abarcadora de élite, incluyendo dentro de ella a todas: “[...] las personas que en virtud de su autoridad en organizaciones dotadas de poder y movimientos de cualquier clase, son capaces de afectar las realizaciones políticas regular y substancialmente” citado por (Lacoste 1993: 16).

Bialet Massé⁷ encomendado por el gobierno nacional para estudiar las condiciones laborales y sociales de la clase obrera argentina al iniciar el siglo XX, hablando de Mendoza opina que: "*Esa clase [dirigente] se mantiene tan separada del pueblo en el siglo XX como en tiempos de la colonia, y corren paralelas sin fundirse como entonces*" (Bialet Massé 1984: 866). El propio Bialet Massé constituye una mirada ajena a los grupos elitarios en conflicto, y en su reporte se admira de que en Mendoza, la clase dirigente pensase que "la mejora de los salarios de la clase obrera sólo tiene por resultado aumentar sus vicios" (866).

La prensa adversaria dará cuenta, a través de sus páginas, de la injusticia social que implicaba la política distributiva del *modelo* vigente, sobre todo en detrimento de los sectores populares. La higiene es presentada como una conveniencia práctica desde el punto de vista de la producción capitalista y sugiere vigilar desde niño al futuro trabajador ya que así, cuando adulto, pueda ser una unidad productiva positiva.

El *darwinismo social*⁸ propugnado por Spencer encontró en esta generación dirigente una manera de explicar las diferencias que justificaban tal dominación y tal exclusión del ejercicio del poder político por parte de los sectores populares y la reserva del manejo de la *cosa pública* sólo a la "*gente decente*", que eran ellos mismos.

El escrito de la *Deutsche AmeriKanische Revue* recuerda que la higiene fue definida como la ciencia democrática por excelencia. No de este modo la habría entendido en su momento Spencer, quién le habría puesto reparos al objeto y finalidad de la higiene porque supuso que podría ser esto "*un obstáculo para el progreso, por favorecer al débil en perjuicio del fuerte*". La higiene, en la visión spencerista, sería la antípoda de la selección natural. "*Y sólo en los últimos años de su vida se convenció de que la higiene, al propio tiempo que ayuda al débil, vigoriza también al fuerte.*" [diario Los Andes, 31/3/1907]

El modelo de acumulación del capital, vigente para esta época, en el país en general y en Mendoza en particular, posibilitó una expansión económica incontestable. Pero, el sistema precisaba, para ello, poner en práctica un férreo sistema político de *república restringida* para poder seguir creciendo con tan evidente e inequitativa distribución de la riqueza. La búsqueda de los espacios del poder por parte de este otro sector dirigente rezagado los llevará a pelear por la legitimidad de los postulados liberales que caracterizan al conjunto de la dirigencia mendocina de entonces. Esta postura de Higley y

⁷ Juan Bialet Massé (1846/1907) fue un médico catalán de ideas republicanas que emigró a la Argentina. Aquí revalidó su título de médico y se graduó asimismo de ingeniero, abogado y perito agrónomo. Fundó la cátedra de Legislación del Trabajo. A pedido del entonces Ministro del Interior, elaboró un informe con vistas a dictar una nueva legislación sobre el trabajo en Argentina. Sus observaciones y sugerencias, van mucho más allá de lo que le había pedido y las mismas constituyen una fuente valiosa de información.

⁸ El diario *Los Andes* comenta, a partir de la transcripción de un artículo del *Deutsche AmeriKanische Revue*, el pensamiento higienista europeo de comienzos del siglo veinte; pero también sirve para advertir las influencias que tenía en el medio local las llamadas ideas spencerianas. En la Argentina, el presidente Juárez Celman (1886/1890) se había declarado "spenceriano". Los liberales positivistas adhirieron a esta corriente de pensamiento muy difundida en la Argentina, aunque también hubo positivistas comtianos, fueron quienes, entre nosotros, fueron también "spencerianos". [*Los Andes*, 31/3/1907]

Burton (1989) de reconocer como parte de las élites también a los dirigentes rivales a las mismas no era, por cierto, la visión que se tenía en esta época. Indudablemente, los opositores –representaciones sociales mediante– tienden a presentar a la élite que detenta el poder como la única existente y su discurso parece, a menudo, sostenido desde la posición de los verdaderamente excluidos del sistema que eran los sectores populares.

El diario *Los Andes* que en este tiempo se constituirá en el portavoz de la élite desplazada, en más de una oportunidad, para referirse a sí mismo, usa el término “reacción” en la acepción de libertario, casi de revolucionario. Como toda representación social tiende a la reproducción y organización del grupo que conforma y a reforzarse al interior de sí misma el concepto de identidad gratificante, refiriéndose a sus seguidores suele decir en sus páginas que *ellos* conformaban “lo mejor” del elemento *reaccionario*. Esta acepción que en la época actual tiene un sentido diferente, puede deberse a que *el orden* es lo que caracteriza al otro sector social *conservador*. Está claro que la otra representación social, la de la élite gubernamental, pone en marcha operativos disciplinadores y ordenadores del conjunto social, para erigirse en el discurso dominante. Oponerse a ese *orden* establecido era la *reacción*.

En este juego de representaciones sociales, Emilio Civit (la figura más destacada de esta élite gobernante mendocina) dice, en ocasión de su discurso de asunción a su 2ª gobernación (1907-10), que a él lo apoya “el elemento conservador que es espíritu y vida del pueblo y cimiento de su estabilidad económica” (*Los Andes*, 09/06/1908). Tanto el jefe del partido *oligárquico* mendocino como el principal diario antagonista, reivindican para sí mismos el término “conservador”, aunque el mismo diario se pregunta – no ingenuamente – si Civit y sus acólitos son *¿conservadores o usurpadores?* (*Los Andes*, 04/02/1908).

La prensa como lugar de argumentación

La prensa mendocina a fines del siglo XIX fue el *lugar de la argumentación* de las distintas fracciones en pugna y también del gobierno de turno. La búsqueda del consenso y la conquista de la opinión pública, bien claro que restringida a la clase dirigente, harán que este proceso acompañe y exprese su propia parcialidad política, su propia representación, en las argumentaciones que, uno u otro bando, esgrimen a propósito del objetivo político perseguido. Ciertamente, las argumentaciones que se ponen en juego tienden a referirse a cuestiones concretas (por ejemplo: la higiene urbana, el estado sanitario de la población, etc.) pero, como estas cuestiones están inmersas en un proceso más general, cual es la desacreditación de la élite gobernante, es preciso no perder de vista el carácter funcional de la prensa como arma suplementaria de la lucha política intra élites.

La prensa mendocina de este período, a diferencia de otras etapas históricas posteriores donde la aparición de *la noticia* hace parecer que el campo discursivo fuera *más objetivo*, refleja en sus páginas un lenguaje más descarnado, como que el receptor no es el ciudadano común sino su otro par de la clase dirigente. Así, los diferentes discursos

y las diferentes prácticas sociales propias de la ciudad de fin del siglo XIX están vistos y descritos desde ese lugar. Estos discursos tienden a expresar las opiniones, conflictos, desigualdades y valores de los grupos que interactuaban por entonces en el escenario político mendocino. Es decir, estos grupos expresaban lo que ha dado en llamarse desde el campo de la psicología social: *un estado de representación social* de sí mismos.

En efecto, si bien uno tiende a pensar que la prensa siempre podría ser entendida como el *lugar de argumentación* por excelencia del discurso que pretende convencer a la opinión pública. Esto no se verifica de manera tan lineal en cualquier tiempo y en cualquier lugar, ni todos los periódicos archivados se presentan con la necesaria densidad discursiva como para efectuar análisis de sus discursos. Se tienen que dar ciertas condiciones sociales y políticas a saber: que exista una élite dividida; que una parte de la misa esté en el gobierno y maneje con la *billetera gubernamental* una parte de la prensa disponible mediante la publicidad oficial y que la otra porción de la élite tenga la propiedad de otros medios de comunicación fuera del ámbito de influencias del gobierno y, obviamente, de la publicación oficial; que los proyectos de legitimación de ambas partes no sean idénticos y que exista, además, una lucha política y un deseo de reemplazar a la que está en el gobierno y a la cual sea preciso desacreditar mediante todos los recursos disponibles por parte de la élite desplazada, etc. Por otro lado, el objetivo que revelan estos discursos periodísticos en pugna es el de argumentar las diferentes representaciones que tienen tanto el gobierno como la oposición acerca de cuestiones muy variadas que van desde la legislación del feriado dominical de los trabajadores⁹ hasta cuestiones de higiene urbana, problemas de seguridad policial, y de la conveniencia, o no, de determinadas políticas públicas.

La prensa adversaria pone en valor al grupo desplazado de la élite mendocina, mientras que los periódicos oficialistas expresan otra representación, aquella de la élite que detenta el poder de gestión sobre la provincia y sobre la ciudad. Así, lo que expresa la prensa, oficialista u opositora, no sería un simple reflejo de la realidad sino también una organización significativa para comprenderla. Como no podemos acceder (directamente) a la representación de la ciudad por parte de los diferentes grupos en conflicto, sino a partir del discurso que sobre la ciudad estos mismos grupos construyeron, es necesario analizar las condiciones de producción de dichos discursos (en nuestro caso, periodísticos). Se entiende así que el arsenal de argumentaciones y de relaciones que se establecen a través de los artículos y crónicas periodísticas, por parte de uno y otro bando para deslegitimar el discurso contrario. Tanto la prensa, adversaria como la oficialista, no

⁹ El diario opositor *Los Andes* cuestiona, desde una representación social conservadora, aspectos de la ley de descanso dominical sancionada por el gobernador *modernista*, Carlos Galigniana Segura. Desde una perspectiva moralizadora, al diario rival del gobierno, le parece bien que se trabaje el domingo y es más, según su lógica de pensamiento propone que si el gobierno dispone que no haya trabajo, ¡que tampoco haya diversión! Por ello, propone que con más razón que antes debieran cerrarse los bares en los días festivos, ya que: “[..]. nadie ignora que en los suburbios de esta capital y aún en los departamentos, existen numerosas cantinas que ostentan una maltrecha mesa de billar y en las cuales se expende toda clase de bebidas alcohólicas, cuyos casos se han acogido a la excepción de acuerdo con la reglamentación respectiva [...] Esto no es lógico ni equitativo, y por lo tanto no debe tolerarse”. (*Los Andes* 29/11/1906)

expresa directamente la representación sino que la *describe* en sus artículos o crónicas. De allí que el discurso periodístico sea tanto descriptivo como mandante.

El principal periódico opositor, *Los Andes*, en tanto vehiculizador de una representación social conservadora, se erige en fuente presunta del *saber común* o del *sentido común*, que es permanentemente expuesto y reivindicado en el discurso periodístico con el objeto de neutralizar o descalificar la proyectiva del mandatario opositor. La apelación que se hace al lector, a la opinión pública es, precisamente, desde la lógica del sentido común, el cual es patrimonio de toda representación social, de manera de establecer un discurso comprensible por parte de sus lectores y de los valores a los que estos adhieren. Asimismo, esta representación que encarna el periódico es también un factor de identificación social preciso, con normas y valores históricamente determinados.

La lucha de representaciones sociales a través de la prensa

Hacia fines del siglo XIX la preeminencia rural va trasladándose hacia la ciudad como escenario privilegiado de la vida urbana. Es a la ciudad donde llegan las crecientes camadas de inmigrantes, sobre todo a través del ferrocarril. Concatenado advertimos diferentes *luchas de representación* entre los diferentes actores sociales (las élites entre sí, las élites y los sectores populares), pugnas que tienden a comandar o resistir el disciplinamiento social y la jerarquización social.

La prensa local dará cuenta de estas batallas de representación, a veces, de manera directa, en tanto ella misma participa como actor central de este conflicto y en otras, será el medio de expresión que permitirá la vehiculización de las representaciones de los otros actores sociales marginados, no sólo de la élite y de sus beneficios, sino de aquellos que constituyen los sectores populares, marginados de la vida política y de la posibilidad de ejercer sus derechos plenos de ciudadanos.

En la oposición política existe un grupo más tradicionalista que defiende una representación conservadora de la sociedad y que pretende reemplazar la representación social oficial. El que está a cargo del gobierno¹⁰ es descalificado como *oligarquía* por la élite relegada a ser la oposición y actúa como el factor conservador de la representación social históricamente conformada y el otro en el poder, más dinámico, al poner en cuestionamiento la validez de la representación vigente, tiende a la transformación o evolución de la misma.

Como las representaciones sociales no son estáticas, aunque propendan a la permanencia, tienden a defenderse de lo que consideran una agresión por parte de elementos ajenos o extraños a la representación misma (ejemplo: el proyecto tecnopropietario de la élite *modernista*) y se verifica entonces, *una lucha de representaciones*. Las situaciones de interrelación conflictivas, como en el caso de representaciones sociales diferentes, de las que nos ocupamos a través de la prensa, son interpretadas de manera hostil por ambos pares de la contradicción. La prensa dará larga cuenta de este proceso y

¹⁰ Llamados por los conservadores como “modernistas” aprovechando el descrédito de tal categoría confirmada por la Encíclica *Pascendi Dominici gregis* de Pío X contra el *Modernismo* (08/09/1907).

tenderá a estabilizarse en una nueva representación social que puede tener mayor, o menor permanencia, en tanto otro nuevo grupo renovador no la ponga en cuestión. No se verifica, tanto en el gobierno encabezado por el sector *modernista* como en la oposición conservadora encabezada por el diario *Los Andes*, la búsqueda del consenso social del conjunto de la población.

Como las representaciones preceden a la interacción, tanto el periódico oficialista como el opositor, operan ya las conclusiones de la puesta en marcha de las políticas urbanas, antes de que la acción pública misma comience. Dado el carácter prescriptivo de comportamientos y prácticas sociales de toda representación social, tal como la que encarna la prensa opositora, se comprende que ésta reivindique, para sí y para su grupo, oponerse al cambio de representación poniendo en marcha (o proponiendo) la censura, la intolerancia o el rechazo de las políticas o proyectos a los que considera que se salen de *la norma* o respecto del *deber ser*, que deberían seguir determinadas acciones de gobierno.

Las representaciones sociales tienden a cerrar filas en torno de sí y denunciar los elementos ajenos a la misma. Esta diferenciación entre lo propio y lo extraño nos permite, paradójicamente, conocer las otras representaciones que circulan también en la sociedad mendocina del período. Así, aunque en la prensa coinciden diferentes problemáticas, una de ellas es la evolución de la dinámica de la representación social sobre la ciudad y la vida urbana. El proceso analítico discursivo de la prensa en la época dará cuenta de las resistencias al cambio de tales representaciones.

A pesar de que los periódicos analizados en el período pertenecen o al gobierno o a la élite desplazada del poder, éstos vehiculizan, a su pesar, también representaciones sociales de los sectores populares que durante este período juegan un rol subalterno. La exclusión circunstancial del poder de los sectores tradicionales de la antigua dirigencia local dio espacio para la aparición de peleas intra oligárquicas que se expresaron, fundamentalmente, en el campo de las representaciones sociales; pero se materializaban en diversos campos: el político, el económico, el cultural. Los sectores conservadores desplazados se mostraron propicios a apoyar las *alternativas contra élites* que surgían, inevitablemente, en la sociedad mendocina. Pero existieron también algunos sectores más moderados que también estuvieron desplazados del poder real y que contestaban la exclusión de que eran parte por parte de la oligarquía dominante. Tanto los conservadores como los moderados temieron una ruptura violenta del conflicto intra oligárquico y reunificaron filas con la oligarquía dominante. Primó el acuerdo de clase y en vez de constituirse en una élite de alternativa prefirieron funcionar como una élite subsidiaria, ya que se demostraron incapaces de ser como una opción de remplazo. La contestación a la política oligárquica se dio, en cambio, a través de la prensa.

Conclusión

Los primeros periódicos mendocinos aparecieron en la década de 1820 pero las contiendas civiles y la inestabilidad del país, en aquel tiempo, hicieron que dicha

actividad cesara pronto. Recién en la década de 1850, reaparecieron y, a partir de entonces, circularon con regularidad. El periodismo había acompañado al proceso de modernización del país y retornaba como una novedad. La propiedad de los nuevos medios de comunicación fue de particulares y también, ocasionalmente, estatal. La suerte de estas empresas periodísticas fue muy dispar y, en general, los diarios que cesaban luego renacían bajo otros nombres, otros propietarios y características para reincidir en una nueva aventura comercial o política.

Los dueños de los periódicos muy pronto advirtieron las enormes posibilidades que tenía el novedoso y moderno medio de difusión y lo usaron para apoyar candidaturas, para difundir sus posturas políticas o religiosas, de colectividad o de intereses sociales o comerciales. Tampoco el gobierno desdeñó su potencialidad y fomentó, o sostuvo con apoyo publicitario, a uno, o a varios medios, para difundir el accionar oficial o publicar sus edictos gubernamentales, sus resoluciones o francamente publicitar sus actos de gobierno.

Al tiempo del arribo de la *modernidad* a Mendoza, coincidente con el arribo del ferrocarril que uniría a Mendoza con la capital de la república, Buenos Aires, se verificó un férreo monopolio del poder político y una construcción de hegemonía político-social, por parte del grupo dominante de la élite local, los llamados *modernistas*. Frente a ello, el periodismo local, a pesar de las limitaciones materiales y culturales de una ciudad provinciana como ésta, ejerció un fuerte control social a la gestión pública estatal, en general, y de la ciudad, en particular, como modo de intervenir en lo político y en lo cultural.

Por las características de la prensa en este período histórico, que hemos señalado en el desarrollo de este trabajo, se comprende que no siempre el periodismo había tenido tanta referencialidad discursiva como para poder efectuarles las preguntas específicas que hemos podido hacerle en este estudio de caso. Ya luego con el desarrollo del periodismo empresa y con la noticia como elemento central, se desdibujan las intencionalidades y el juego de representaciones sociales que, en cambio, aquí se muestran tan despojados de artificios y tan descarnados.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

PERIÓDICOS

Diario *Los Andes*, Ciudad de Mendoza, 1883 continúa. Hemeroteca Biblioteca San Martín.

Diario *El Debate*, Ciudad de Mendoza, hemeroteca Biblioteca San Martín.

Diario *El Diario*, Ciudad de Mendoza. Hemeroteca Biblioteca San Martín.

ESTUDIOS

Abric, J. C. 1994. *Pratiques sociales et représentations*. Paris: Presses Universitaires de France.

- Arpini, A. 2003. "El Historicismo. Una alternativa metodológica para la historia de las ideas latinoamericanas", en A. Arpini (comp.), *Otros discursos. Estudios de Historia de las Ideas Latinoamericanas*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 17-44.
- Benjamin, W. 1972. *Sobre algunos temas en Baudelaire. Poesía y capitalismo*. Madrid: Taurus.
- Bialet Massé, J. 1984. *Informe sobre el estado de la clase obrera*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- García Canclini, N. 1987. *¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular? Comunicación y culturas populares en Latinoamérica. Seminario del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales*. México: Editorial Gustavo Gili.
- Higley, J. a. B. M. 1989. "The Elite Variable in Democratic Transitions and Breakdown". *American Survey Revue*, February, 17-32.
- Jodelet, D. 1989. *Les Représentations sociales*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Koebel, W. H. 1908. *L'Argentine moderne*. Paris: P. Roger.
- Lacoste, P. 1993. *La generación del '80 en Mendoza. Aportes para el estudio de la circulación de las elites y de la pervivencia de los resabios del antiguo régimen colonial en América Latina (racismo, nepotismo, patrimonialismo y corporativismo)*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Martí, J. 1973. *Obras completas*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- Moscovici, S. 1989. "Des représentations collectives aux représentations sociales". *Les représentations sociales*. Paris: Presses Universitaires de France, 62-86.
- Ponte, J. R. 1999. *La fragilidad de la memoria. Representaciones, prensa y poder de una ciudad latinoamericana en tiempos del modernismo. Mendoza [1885-1910]*. Mendoza: Ediciones Fundación del Centro Regional de Investigaciones Científicas y Técnicas [CRICYT- Mendoza].
- Ponte, J. R. 2008. *Mendoza, aquella ciudad de barro. Ilustrado. Historia de una ciudad andina, desde el siglo XVI hasta nuestros días*. Buenos Aires: CONICET de Argentina, Imprenta Unión.
- Ramos, J. 1989. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roig, A. A. (1963). *La literatura y el periodismo mendocino a través de las páginas del diario "El Debate" (1890-1940)*. Mendoza: U.N.Cuyo.
- Roig, A. A. (1965). *La literatura y el periodismo mendocino a través de las páginas del diario "Los Andes" (1915-1940)*. Mendoza: U.N.Cuyo.
- Roig, A. A. (1966). *Breve historia intelectual de Mendoza*. Mendoza: U.N.Cuyo.
- Roig, A. 1989. *Teoría del discurso*. Mendoza: Editorial Universitaria U.N.Cuyo.
- Rotker, S. 1992. *La invención de la crónica*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena.
- Sarmiento, D. F. 1841. "La cultura del pueblo. El diarismo". *El Nacional*, 15 y 24 mayo. Reproducido en "Polémica Literaria" (Buenos Aires; Cartago, 1933), 13.